

V A R I A

Los Santuarios Célticos del Mediodía de la Galia.

El delta del Ródano es una de esas regiones privilegiadas que en todo tiempo han estado llamadas a desempeñar un papel preponderante en la historia de Francia. Ampliamente abierto al mundo del Mediterráneo y recorrido por la gran corriente de circulación prehistórica que es la vía de Hércules, es un país de tránsito, un puente tendido entre las penínsulas itálica e ibérica, al cual el Ródano asegura, además, un lazo de unión fácil con las provincias galas meridionales.

La encrucijada del río y del camino de tierra, da nacimiento a una zona de confluencia mediterránea de un carácter particular, y en la segunda edad del hierro, aparecen en este territorio los primeros bosquejos de la escultura en piedra. Se reconoce en ellos incluso uno de los aspectos del dualismo constante que se manifiesta entre estas comarcas del Norte y del Mediodía de la Galia, hecho de civilización que encontrará su expresión más acabada en la Edad Media, en la diferenciación de los modos de hablar, de los usos y costumbres, tanto como en las maneras de edificar, características de los países de «lengua d'Oc».

Es precisamente en el interior de estos territorios, a lo largo de la vía heráclea, donde las búsquedas arqueológicas, llevadas a cabo desde hace diez años en el bajo valle del Ródano, han dado como consecuencia el descubrimiento de fortalezas y de lugares de culto, de los cuales, lo mejor que se puede decir, es que han renovado en gran manera lo que se creía saber de la historia, de la religión y del arte de las poblaciones galas ribereñas del Mediterráneo. Y, aún más, estos hallazgos han permitido precisar lo que los textos de los autores antiguos dejaban entrever, de la importancia del papel desempeñado en esta época por el delta del Ródano. Parece, pues, muy difícil hablar de una colonización marsellesa: el imperio de Marsella estaba en el mar y no en la tierra. La acción de los Focenses en Provenza, se limita a la ocupación de punto de apoyo, destinados a asegurar la protección de sus factorías en un país que, en suma, había permanecido hostil a la penetración de los extranjeros. Un cinturón de fortalezas indígenas, a unos siete kilómetros del viejo

Puerto del Zacydon, atestigua el carácter precario de la ocupación focense, y ésta no deja de recordar la naturaleza de los establecimientos europeos en la costa occidental de Africa, en el siglo XVII.

Después de Marsella, la principal factoría de los griegos está en Saint-Blaise, donde los mercaderes se instalan desde los siglos VI y V, en una factoría que, como en Ampurias, parece diferente de la aglomeración indígena.

Un testimonio nuevo de la cohesión de las tribus galas, está representado por el descubrimiento de santuarios tribales en Caisses de Saint-Jean en Mouriés en Roquepertuse y en Autremont. Desde el período hallstático, en las alturas de Caisses se levantaba un santuario, algunos de cuyos elementos arquitectónicos, pertenecientes a un pórtico decorado con grabados de caballos y de caballeros, habían sido empleados nuevamente en la construcción de una muralla, levantada posteriormente, a la entrada de los Celtas, en el valle del Ródano, en el siglo V antes de la era cristiana.

Unido con los hallazgos hechos en el último siglo, en Roquepertuse y en Autremont, el descubrimiento de Mouriés permite encontrar la disposición de estos lugares de culto, instalados sobre alturas y que comprendían una capilla precedida de un pórtico decorado con grabados o esculturas. En el interior se levantaban las imágenes del culto, un conjunto de las cuales, del mayor interés, acaba de ser descubierto en Autremont: guerreros sentados con las piernas dobladas bajo el torso, en la actitud llamada búdica, con el busto rígido estrechamente oprimido en un justillo de piel, que llevan sobre el pecho un pectoral con figuras profilácticas disco o cabeza cortada, o bien protegido por una armadura con espaldar. La cabeza unas veces descubierta, con los cabellos echados hacia atrás y sujetos por una diadema, otras, encerrada en un casco de cuero con guarda-carrillos y cubre-nuca. Del armamento, no subsiste más que los fragmentos de grandes espadas de La Tène II, encerradas en sus vainas, pegadas a la cadera derecha. Entre estas estatuas, aparecen dos figuras de mujeres, una tocada con una diadema en forma de media luna invertida, otra con la cabeza cubierta por un velo que cae hacia atrás y por los lados.

En estos momentos ya no aparece nada de aquel compromiso entre lo real y lo ideal, con lo cual los artistas de Pérgamo y romanos se complacieron en representar a los celtas: la cabellera erizada al soplo de la pelea, desbordantes de vida y de acción y guardando hasta en la muerte, una actitud sellada con patética grandeza. La rara cualidad de las estatuas de Autremont demuestra claramente la concepción que los imagineros galos tenían de la forma viviente. En este arte tranquilo, pero brutal, el detalle es descuidado casi siempre: únicamente cuenta la masa. Un

contraste constante se establece entre la delgadez del talle y la anchura de los hombros; el torso se erige, en una rigidez hierática, del pedestal a que dan lugar las piernas dobladas y echadas hacia adelante. El mismo ritmo se manifiesta en la composición de los rostros, en la ancha frente y en el mentón alargado. Este carácter de uniformidad, no corresponde solamente a un cánon estético, sino también a preocupaciones de carácter religioso y social y la ausencia de atributos en los monumentos descubiertos, no ayuda a reconocer la naturaleza de los personajes que se esconden tras estas figuras enigmáticas. Sin embargo, el carácter sagrado de estas representaciones, recubiertas antes del color rojo reservado a la divinidad, está fuera de discusión. El bajorrelieve de Autremont, en el cual figuran los bustos de dos mujeres, una de las cuales tiene asida una pequeña liebre, si se le compara con las estatuas de Euffigueix y del Touget que sujetan también, un jabalí y una liebre, proporciona algunas aclaraciones.

Pero la presencia de estos animales no indica que se trate de un animal totem, convertido en un dios o asociado a él. Las sociedades célticas han atravesado por fases de una evolución diferente que les llevó a la concepción del héroe civilizador o fundador de un grupo social, de los cuales unos pueden haber sido antiguos totems y otros, únicamente estuvieron provistos de emblemas totémicos. Y así, en el lugar del totem, aparece el héroe del clan, de la tribu, de la nación. Más bien que divinidades, todas estas estatuas representan, a nuestro parecer, las imágenes de los héroes alrededor de los cuales se concentraban, en determinadas fiestas, los grupos sociales.

Nótese también que todo habla de la muerte en estos lugares provenzales de culto. Los caballos y los caballeros de Mouriés, el pájaro fantástico y las cabezas cortadas de Roquepertuse y de Autremont, tienen un valor simbólico en relación con una religión de la muerte. Toda esta imaginería funeraria, depende del tema del viaje del alma hacia el otro mundo, arrebatada por el caballo, animal psicopompo. Ocurre lo mismo con los monstruos andrófagos de la Provenza y con las placas decorativas de Orgon, en las cuales unos cazadores llevan a cabo, su simbólica caza de la liebre bajo las miradas de la divinidad, eternizando un ritual semejante al que desarrollan los ejercicios ecuestres en los frisos tasianos. No son dioses, en modo alguno, sino héroes, personajes sobrehumanos, pero no sobrenaturales. Alrededor de su tumba, representada en Roquepertuse por las dos fosas, cavadas en el interior mismo del santuario, tenían lugar las fiestas con las que se celebraba el culto de los antepasados, conmemoración y también expiación de la muerte de los héroes. Los santuarios provenzales son también cementerios.

RAYMOND LANTIER.